

www.elboomeran.com

Alessandro Baricco

Mr Gwyn

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Mr Gwyn
Giangiacomo Feltrinelli Editore
Milán, 2011

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: de la edición original de Feltrinelli

Primera edición: noviembre 2012

© De la traducción, Xavier González Rovira, 2012

© Alessandro Baricco, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7849-3

Depósito Legal: B. 26445-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Tout commence par une interruption.

PAUL VALÉRY

Mientras caminaba por Regent's Park –a lo largo de un paseo que, de entre muchos, elegía siempre–, Jasper Gwyn tuvo de pronto la límpida sensación de que todo lo que hacía cada día para ganarse la vida había dejado de ser adecuado para él. Ya le había asaltado en otras ocasiones este pensamiento, pero nunca con semejante nitidez y tanta gracia.

De manera que, de vuelta en casa, se puso a escribir un artículo que luego imprimió, metió en un sobre y llevó en persona, atravesando toda la ciudad, hasta la redacción del *Guardian*. Allí lo conocían. Colaboraba con ellos esporádicamente. Preguntó si sería posible esperar una semana antes de publicarlo.

El artículo consistía en una lista de cincuenta y dos cosas que Jasper Gwyn se comprometía a no volver a hacer nunca más. La primera era escribir artículos para el *Guardian*. La decimotercera era asistir a encuentros con grupos de alumnos aparentando seguridad en sí mismo. La trigésima primera, dejar que le hicieran fotografías con la mano en la barbilla, pensativo. La cuadragésima séptima, esforzarse por ser cordial con colegas que en realidad lo desprecia-

ban. La última era escribir libros. En cierto modo cerraba así la vaga rendija que podía haber dejado la penúltima: publicar libros.

Hay que decir que en ese momento Jasper Gwyn era un escritor bastante de moda en Inglaterra y discretamente conocido en el extranjero. Había comenzado doce años antes con una novela de intriga ambientada en el campo galés durante la época del thatcherismo: un caso de desapariciones misteriosas. Tres años después publicó una novela breve que narraba la historia de dos hermanas que se empeñaban en no volver a verse: durante un centenar de páginas intentaban hacer realidad su modesto deseo, sin embargo el asunto resultaba imposible. La novela terminaba con una magistral escena en un muelle, en invierno. Aparte de un pequeño ensayo sobre Chesterton y dos relatos publicados en sendas recopilaciones colectivas, la obra de Jasper Gwyn se cerraba con una tercera novela, de quinientas páginas. Era la serena confesión de un viejo tirador de esgrima olímpico, ex capitán de marina, ex presentador de programas radiofónicos de variedades. Estaba escrito en primera persona y se titulaba *Sin luces*. Empezaba con esta frase: «A menudo he reflexionado sobre la siembra y la cosecha.»

Como mucha gente había señalado, las tres novelas eran tan diferentes entre sí que resultaba arduo reconocerlas como frutos de una misma mano. El fenómeno era bastante curioso pero no le impidió a Jasper Gwyn llegar a ser en poco tiempo un escritor reconocido por el público y respetado por gran parte de la crítica. Su talento para narrar era, por lo demás, indudable, y desconcertaba, en particular, la facilidad con que sabía meterse en la cabeza de las personas y reconstruir sus sentimientos. Parecía conocer las palabras que cada uno habría dicho, y pensar de

manera anticipada los pensamientos de todos. No tiene nada de extraño que, en esos años, a muchos les pareciera razonable pronosticarle una brillante carrera.

Y, sin embargo, a la edad de cuarenta años Jasper Gwyn escribió para el *Guardian* un artículo en el que hacía una lista de cincuenta y dos cosas que a partir de ese día no volvería a hacer nunca más. Y la última era escribir libros.

Su brillante carrera había terminado ya.

2

La mañana en que apareció el artículo en el *Guardian* —con gran despliegue, en el suplemento dominical— Jasper Gwyn estaba en España, en Granada: le pareció oportuno, dadas las circunstancias, interponer entre él y el mundo cierta distancia. Había elegido un hotelito tan modesto que no tenía siquiera teléfono en la habitación, de manera que aquella mañana tuvieron que subir para avisarle de que había una llamada para él, abajo, en la entrada. Bajó en pijama y se acercó de mala gana a un viejo teléfono amarillo lacado, situado sobre una mesita de mimbre. Se colocó el auricular en la oreja y la voz que escuchó era la de Tom Bruce Shepperd, su agente.

—¿Qué es toda esta historia, Jasper?

—¿Qué historia?

—Las cincuenta y dos cosas. Las he leído esta mañana, me ha pasado el periódico Lottie, yo todavía estaba en la cama. Ha estado a punto de darme un síncope.

—Tal vez tendría que haberte avisado.

—No irás a decirme que va en serio. ¿Es una provocación, una denuncia, qué demonios es?

—Nada, es un artículo. Pero todo es verdad.

- ¿En qué sentido?
- Pues quiero decir que lo escribí en serio: eso exactamente es lo que he decidido.
- ¿Me estás diciendo que vas a dejar de escribir?
- Sí.
- ¿Pero te has vuelto loco o qué?
- Oye, te tengo que dejar, ¿eh?
- Espera un momento, Jasper, tenemos que hablar del tema; si no hablas de esto conmigo, que soy tu agente...
- No tengo nada más que añadir: dejo de escribir y punto.
- ¿Sabes lo que te digo, Jasper? ¿Me estás escuchando? ¿Sabes lo que te digo?
- Sí, te estoy escuchando.
- Pues entonces escúchame: yo esa frase ya la he oído docenas de veces, a mí me la han dicho una cantidad de escritores que tú ni siquiera te imaginas, se la he oído afirmar incluso a Martin Amis, ¿me puedes creer?, eso fue hace unos diez años, Martin Amis me dijo esas mismas palabras, exactamente: dejo de escribir, y se trata sólo de un ejemplo, pero podría darte una veintena, ¿quieres que te haga una lista?
- No creo que sea necesario.
- ¿Y sabes lo que te digo? Ni uno de ellos lo ha dejado de verdad: eso de dejarlo es algo imposible.
- Vale, de acuerdo, pero ahora tengo que colgar, Tom.
- Ni uno.
- De acuerdo.
- Buen artículo, de todas maneras.
- Gracias.
- Un auténtico guijarro en el estanque.
- No me digas esa frase, por favor.
- ¿Cómo dices?

–Nada. Tengo que dejarte.

–Te espero en Londres. ¿Cuándo vas a venir?, Lottie estaría encantada de volver a verte.

–Voy a colgar, Tom.

–Jasper, hermano mío, no hagas tonterías.

–Que cuelgo, Tom.

Pero esta última frase la dijo después de haber colgado, así que Tom Bruce Shepperd no la oyó.

3

En el hotelito español Jasper Gwyn permaneció, a gusto, sesenta y dos días. En el momento de pagar la cuenta, en los gastos suplementarios figuraban sesenta y dos tazas de leche fría, sesenta y dos copas de whisky, dos llamadas telefónicas, una abultada cuenta de lavandería (con ciento veintinueve conceptos) y el importe para la adquisición de un radio transistor –lo que puede darnos cierta luz acerca de sus inclinaciones.

Dada la distancia, y el aislamiento, durante toda su estancia en Granada Jasper Gwyn no tuvo que volver sobre el tema de su artículo salvo de forma ocasional, para sus adentros. Lo que le ocurrió un día fue que se encontró con una mujer joven, eslovena, con quien acabó entablando una agradable conversación en el jardín interior de un museo. Era brillante y se mostraba segura de sí misma, hablaba un discreto inglés. Le dijo que trabajaba en la Universidad de Liubliana, en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea. Se encontraba en España para llevar a cabo unas investigaciones: estaba trabajando en la historia de una mujer de la nobleza italiana que, a finales del siglo XIX, viajaba por Europa en busca de reliquias.

—Verá, el tráfico de reliquias, en aquella época, era el *hobby* de determinada aristocracia católica, le explicó.

—¿De verdad?

—La conoce poca gente, pero se trata de una historia fascinante.

—Cuéntemela.

Cenaron juntos, y durante los postres, tras haber charlado largo rato sobre tibias y falanges de mártires, la mujer eslovena empezó a hablar de sí misma, y en particular de lo muy afortunada que se sentía trabajando como investigadora, un trabajo que ella consideraba bellísimo. Añadió que, naturalmente, todo lo que «estaba en los alrededores de ese trabajo» era terrorífico: sus colegas, las ambiciones, la mediocridad, la hipocresía, todo. Pero dijo que, por lo que a ella concernía, cuatro pobres diablos no iban a ser suficientes para que cesaran sus ganas de estudiar y de escribir.

—Me alegra oír lo que dice, comentó Jasper Gwyn.

Entonces la mujer le preguntó a qué se dedicaba él. Jasper Gwyn titubeó un poco y al final acabó mintiendo a medias. Dijo que durante una docena de años había trabajado como decorador, pero que lo había dejado hacía dos semanas. A la mujer pareció contrariarle aquello y le preguntó cuál era la causa de que hubiera dejado un trabajo que parecía ser tan agradable. Jasper Gwyn hizo un vago gesto en el aire. Luego dijo una frase incomprensible.

—Un día me di cuenta de que ya no me importaba nada de nada, y de que todo me hería mortalmente.

La mujer pareció sentir curiosidad, pero Jasper Gwyn fue llevando con habilidad la conversación hacia otros temas, desplazándose lateralmente hacia la manía de poner moqueta en los cuartos de baño, y luego demorándose

en la supremacía de las civilizaciones meridionales, debido a su conocimiento del significado exacto del término *luz*.

Ya muy tarde, aquella velada, se despidieron, pero lo hicieron tan lentamente que a la joven mujer eslovena le dio tiempo de encontrar las palabras adecuadas para decir que sería algo hermoso pasar la noche juntos.

Jasper Gwyn no estaba tan seguro de ello, pero la siguió hasta su habitación del hotel. Luego, misteriosamente, no resultó complicado mezclar en una cama española la prisa de ella con la cautela de él.

Dos días después, cuando la mujer eslovena se marchó, Jasper Gwyn le entregó una lista hecha por él de trece marcas de whisky escocés.

—¿Qué son?, preguntó ella.

—Nombres bonitos. Te los regalo.

Jasper Gwyn pasó en Granada dieciséis días más. Luego se marchó también él, dejando olvidados en el hotelito tres camisas, un calcetín desaparejado, un bastón de paseo con empuñadura de marfil, un gel de ducha con sándalo y dos números de teléfono escritos con bolígrafo en la cortina de plástico de la ducha.

4

De regreso en Londres, Jasper Gwyn pasó los primeros días caminando por las calles de la ciudad de un modo prolongado y obsesivo, con la deliciosa convicción de que se había vuelto invisible. Comoquiera que había dejado de escribir, en lo más profundo de su corazón había dejado de ser un personaje público, no había razón para que la gente se fijara en él, ahora que volvía a ser una persona cualquiera. Empezó a vestirse sin cautela, y volvió a hacer

un montón de pequeñas cosas sin que le rondara el pensamiento de aparecer presentable en el caso de que, repentinamente, un lector lo reconociera. La postura que adoptaba en la barra del pub, por ejemplo. Viajar en el autobús sin billete. Comer a solas en el McDonald's. De vez en cuando alguien lo reconocía, y entonces él negaba ser quien era.

Había un montón de cosas más de las que ya no tenía que ocuparse. Era como uno de esos caballos que, tras quitarse de encima al jinete, retroceden, distraídos, con un trotecillo ligero, mientras que los demás siguen echando el corazón por la boca persiguiendo una meta y un determinado orden de llegada. La delicia de semejante estado de ánimo era infinita. Si se daba la circunstancia de que se topaba con un artículo de periódico o un escaparate de librería que le recordaban el combate del que acababa de retirarse, sentía que el corazón se le aligeraba, y respiraba una ebriedad infantil de sábado por la tarde. Hacía años que no se sentía tan bien.

También fue por esto por lo que tardó un tiempo en tomarle las medidas a su nueva vida, prolongando ese clima personal de vacaciones. La idea, madurada durante su estancia en España, era volver a desempeñar el oficio que tenía antes de publicar novelas. No sería nada difícil, ni tampoco desagradable. Veía en ello hasta cierta elegancia formal, una especie de movimiento estrófico, de balada. Nada, de todas formas, lo empujaba a precipitar ese regreso, puesto que Jasper Gwyn vivía solo, no tenía familia, gastaba poco y, en resumidas cuentas, por lo menos un par de años podría apañárselas tranquilamente sin tener siquiera que levantarse por las mañanas. De manera que pospuso el asunto, y se dedicó a gestos casuales y a prácticas pospuestas desde hacía tiempo.

Tiró los periódicos viejos. Cogía trenes hacia vagos destinos.

5

Lo que le ocurrió, de todas formas, fue que acabó echándosele encima, con el paso de los días, una singular forma de desasosiego que al principio le costó comprender y que sólo al cabo de un tiempo aprendió a reconocer: por muy molesto que le resultara admitirlo, echaba de menos el acto de escribir y el cotidiano cuidado con el que poner en orden pensamientos en la forma rectilínea de una frase. No se lo esperaba y fue algo que le hizo reflexionar. Era una especie de pequeña molestia que se le presentaba de nuevo cada día y que prometía ir empeorando. Así que, poco a poco, Jasper Gwyn empezó a preguntarse si no sería cuestión de considerar oficios marginales con los que le fuera posible practicar el ejercicio de la escritura sin que ello implicara, necesariamente, el retorno inmediato a las cincuenta y dos cosas que se había comprometido a no hacer nunca más.

Guías de viaje, se dijo. Pero sería necesario viajar.

Pensó en los que escribían manuales de instrucciones para electrodomésticos, y se preguntó si existiría todavía, en algún lugar del mundo, el oficio de escribir cartas a los que no eran capaces de hacerlo.

Traductor, pensó. ¿Pero de qué lengua?

Al final, la única cosa clara que se le pasó por la cabeza fue una palabra: *copista*. Le gustaría trabajar como copista. No era un oficio de verdad, se daba cuenta, pero había en esa palabra cierta reverberación que lo convencía. Y le hacía creer que buscaba algo que era preciso. En ese acto había cierto secretismo, y una paciencia de modos —una mixtura

de modestia y solemnidad. No quería trabajar de otra cosa que no fuera eso: copista. Estaba convencido de que podría hacerlo a la perfección.

Intentando imaginar qué demonios, en la vida real, podía corresponderse con la palabra *copista*, Jasper Gwyn dejó que se le fueran echando encima, uno tras otro, un montón de días, de una forma aparentemente indolora. Casi no se dio cuenta de ello.

6

De vez en cuando le llegaban contratos para firmar, se referían a los libros que ya había escrito. Renovaciones, nuevas traducciones, adaptaciones para el teatro. Los dejaba todos sobre la mesa, y al final le quedó claro que nunca los firmaría. Con cierta turbación descubrió que no sólo no quería escribir más libros, sino que, en cierto modo, no quería ni siquiera haberlos escrito. Es decir, le había gustado hacerlo, pero no deseaba que de alguna forma sobrevivieran a su decisión de abandonar y, es más, le importunaba que se encaminaran, con una fuerza propia, a donde él se había comprometido a no volver a poner el pie nunca más. Empezó a tirar los contratos sin abrirlos siquiera. De vez en cuando Tom le pasaba cartas de admiradores que educadamente le daban las gracias por aquella determinada página, o por aquella historia en particular. Hasta eso lo ponía nervioso, y no dejaba nunca de ser consciente de que nadie hacía referencia a su silencio —no parecían estar informados del asunto. Un par de veces se tomó la molestia de contestar. Daba las gracias, por su parte, con palabras sencillas. Luego dejaba constancia de que había dejado de escribir, y se despedía.

Se dio cuenta de que a esas cartas nadie respondió.

Cada vez más a menudo, sin embargo, le volvía la necesidad de escribir, y la carencia de un cuidado cotidiano con el que poner en orden pensamientos en la forma rectilínea de una frase. De un modo instintivo, entonces, acabó compensando esa carencia con una liturgia privada suya, que no le pareció que careciera de cierta belleza: empezó a escribir *mentalmente*, mientras caminaba, o echado en la cama, con la luz apagada, esperando la llegada del sueño. Elegía palabras, construía frases. Podía darse la circunstancia de que estuviera días persiguiendo una idea, llegando a escribir en su cabeza páginas enteras, que luego le gustaba repetir, a veces en voz alta. Habría podido, de la misma manera, hacer crujir sus dedos, o repetir ejercicios gimnásticos, siempre los mismos. Era algo físico. Le gustaba.

En cierta ocasión le dio por escribir, de esa manera, una partida entera de póquer. Uno de los jugadores era un niño.

Le gustaba, en particular, escribir mientras esperaba en la lavandería, rodeado de tambores que daban vueltas, al ritmo de revistas hojeadas distraídamente sobre las piernas cruzadas de mujeres que no parecían abrigar ninguna ilusión que no estuviera relacionada con la delgadez de sus tobillos. Un día estaba escribiendo mentalmente un diálogo entre dos amantes en el que el hombre contaba que desde que era pequeño tenía la curiosa facultad de soñar con las personas sólo cuando dormía junto a ellas, exactamente *mientras* dormía con ellas.

—¿Me quieres decir que sólo sueñas con quien está en tu cama?, preguntaba la mujer.

—Sí.

—¿Y qué significa esa chorrada?

—No lo sé.

—Así que si alguien no está en tu cama no sueñas con esa persona.

—Nunca.

En ese momento se le acercó una chica gorda, bastante elegante, allí en la lavandería, y le tendió un teléfono móvil.

—Es para usted, dijo.

Jasper Gwyn cogió el móvil.

7

—¡Jasper! ¿Has puesto ya el suavizante?

—Hola, Tom.

—¿Molesto?

—Estaba escribiendo.

—¡Bingo!

—No en ese sentido.

—No tengo constancia de que existan muchos sentidos: si alguien es escritor, escribe, y ya está. Ya te lo había dicho yo: nadie es capaz de dejarlo de veras.

—Tom, estoy en una lavandería.

—Ya lo sé, siempre estás ahí. Y en casa no contestas.

—No se escriben libros en las lavanderías. Lo sabes, y en todo caso yo no los escribiría.

—Menuda bola. Venga, suéltalo ya. ¿De qué se trata, es un cuento?

La ropa interior todavía estaba en el prelavado, y no había nadie hojeando revistas. De manera que Jasper Gwyn pensó que podría intentar explicárselo. Le contó a Tom Bruce Shepperd que le gustaba poner palabras una detrás de otra, y montar frases, del mismo modo que podría haberse puesto a crujir los dedos. Lo hacía en el interior de su mente. Lo relajaba.

—¡Fantástico! Yo voy allí, tú vas hablando, voy tomando nota, y el libro está listo. No serías el primero en utilizar un sistema semejante.

Jasper Gwyn le explicó que ni siquiera se trataba de historias, eran fragmentos, sin un antes ni un después —ya era bastante si se les podía llamar *escenas*.

—Genial. Ya tengo el título.

—No me lo digas.

—*Escenas de libros que nunca escribiré*.

—Me lo has dicho.

—No te muevas, arreglo un par de asuntos y voy para allá.

—Tom.

—Dime, hermano mío.

—¿Quién es esta chica tan elegante?

—¿Rebeca? Es nueva, buenísima en lo suyo.

—¿A qué más se dedica, aparte de pasearse por ahí llevando un móvil por las lavanderías?

—Está aprendiendo, por algún sitio hay que empezar, ¿no?

Jasper Gwyn pensó que si había algo que le disgustaba en el hecho de haber dejado de ser escritor, era que no tendría ya ninguna razón para trabajar con Tom Bruce Shepperd. Pensó que algún día él dejaría de perseguirlo con sus llamadas telefónicas, y ése iba a ser un día feo. Se preguntó si no era hora de decírselo. Allí, en la lavandería. Luego se le ocurrió una idea mejor.

Apagó el móvil y le hizo un gesto a la chica gorda, que se había alejado unos pasos, por educación. Se fijó en que tenía una cara muy hermosa, además reducía los daños eligiendo bien la ropa. Le preguntó si podía darle un mensaje para Tom.

—Claro que sí.

—Entonces tenga usted la amabilidad de decirle que lo echaré de menos.

—Claro.

—Quiero decir que tarde o temprano dejará de tocarme las pelotas dondequiera que vaya, y yo sentiré el mismo alivio que se siente cuando en una habitación se apaga el motor de la nevera, pero también el mismo desaliento inevitable, y la sensación, que seguro que usted conoce, de no estar seguro de saber qué hacer con ese silencio repentino, y de no estar, en el fondo, a la altura del mismo. ¿Cree usted que me ha entendido?

—No estoy segura.

—¿Quiere que se lo repita?

—A lo mejor tendría que tomar nota.

Jasper Gwyn meneó la cabeza. Demasiado complicado, pensó. Encendió de nuevo el móvil. Le llegó la voz de Tom. Nunca entendería cómo funcionaban exactamente esos trastos.

—Tom, cállate un ratito.

—¿Jasper?

—Quiero decirte algo.

—Dispara.

Se lo dijo, con la historia esa de la nevera y todo lo demás. Tom Bruce Shepperd carraspeó y durante unos segundos se quedó callado, algo que no hacía nunca.

La chica, luego, se marchó caminando de esa forma un tanto naval que tienen los gordos de caminar, pero antes de eso sonrió a Jasper Gwyn, al despedirse, con una luz radiante en los ojos, los labios espléndidos y los dientes blancos.